

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

«*Aun no dejó la pluma*». *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega*, edición al cuidado de Xavier Tubau, Barcelona, Grupo de Investigación Prolope - Universitat Autònoma de Barcelona, 2009, 385 págs.

Precioso conjunto de estudios sobre el teatro de Lope que muy bien representa la firmeza con que se está avanzando en el conocimiento de la obra dramática del Fénix. De la obra dramática, porque el universo de Lope necesita también de otros pilares, que parecen seguir desguarnecidos, particularmente el de su poesía dispersa. Dos logotipos discretos en el rojo de la cuarta de cubierta vocean *UAB* y *Grupo Prolope*, es decir, un prestigioso grupo de investigación en humanidades, que se une a otros muy activos (en Valencia, Sevilla, Madrid...) y que, en su conjunto, están cambiando el curso de la investigación histórica en nuestro país, ahora emprendida por encima del profesor o investigador individual que agota tiempo, dinero y esfuerzo en una tarea desmesurada y siempre escasa.

Los siete trabajos que organizan el libro, de excelente diseño, incluso con generosas ilustraciones en color, tratan a modo de pequeñas monografías siete aspectos del teatro lopesco, pero con un rigor y una profundidad encomiables, recuperando viejos modos de la erudición, que ahora se trata, por lo general, no como un fin en sí misma, sino como un resorte necesario para el mejor conocimiento de las ideas, en despliegue de perspectivas. En algún caso, como el de la monografía sobre Perseo (de casi 100 páginas), se trata de verdaderos compendios sobre la obra teatral de Lope, observados y analizados desde un lugar determinado, pero sin escatimar las posibilidades del análisis. Temas y motivos irradian hacia todos los campos y logran levantar un panorama cultural de perspectivas múltiples, como el que muchas veces hubo de despertar en los círculos artísticos y literarios de la época.

El volumen se abre con una introducción de Xavier Tubau, a cuyo cargo corre la edición, que es quien también lo cierra —alfabéticamente—, como veremos nosotros al terminar esta reseña. Además de presentar sucintamente lo que va a seguir, señala que la primera versión de los diversos artículos fue presentada en los seminarios del grupo Prolope entre 2005 y 2007. Cada trabajo aporta su propia bibliografía, dividida en dos secciones: «Bibliografía primaria» y «secundaria», con abundantes e inevitables coincidencias en los diversos autores. Siguen a la introducción de Tubau unas «Notas sueltas sobre la relación entre los papeles de actor y el primer Lope de Vega», que no son notas, sino un sesudo estudio por Debora Vaccari. Los papeles de actor son el último filón de fuentes manuscritas que ha permitido acercarse a la representación del teatro áureo; normalmente se trata de fragmentos más o menos curiosos de obras que se re-

presentaron. La autora se centra en los 68 papeles que conserva la carpeta o caja 14612/8 de la BNE, aunque recuerda otros lugares, y deja saber que aparecerán muchos más, pues en efecto, toda la serie de los catorce miles de nuestra primera biblioteca está, precisamente ahora, terminando de catalogarse. Y los analiza exhaustivamente para extraer todo tipo de consecuencias sobre las obras, el autor, la métrica, etc. Precisamente el trabajo que sigue (55-112) de Josefa Badía Herrera va de métrica, «La versificación dramática en la génesis de la “Comedia Nueva”. Estudio de una muestra de la colección teatral del Conde de Gondomar»; allí se analizan versos y estrofas en esa colección del Palacio Real de Madrid, análisis resuelto en cuadros, gráficos, estadísticas, etc. que remachan una vez más los cambios de versos y estrofas que permiten el juicio crítico más exacto, por ejemplo para fechar obras o asistir al “cambio métrico”. He dicho antes exactamente versos y estrofas porque eso es lo que hay y a eso nos condenaron los beneméritos Morley y Bruerton. Quizá algún crítico se atreva a progresar en esa línea deteniéndose en elementos mucho más sutiles del taller métrico, particularmente en el ritmo, porque, además, los otros aspectos, infinitamente más evidentes, no parece que vayan a suministrar mayores sorpresas. Resulta muy atractivo el estudio de Guillem Usandizaga sobre «Seguir la guerra: Los españoles en Flandes y el Asalto de Mastique» (113-164), análisis sobre estas dos comedias históricas al cruzarse los dos siglos, hecho sin perdonar referencias históricas bien documentadas, que Lope medio enmascaró. La literatura, como tantas veces, hermozó la bajeza de la condición humana, la crueldad de la guerra. El trabajo de Rolan Béhar sobre la «Fábula de Perseo» (165-242) es una auténtica monografía que interesa tanto por el análisis de esta comedia, mimada por Lope, como por la exhibición comparatista que luce el crítico, de una amplitud y sagacidad tal, que ante nosotros se despliega el motivo mítico en sarta de ocurrencias de todo tipo: pictóricas, poéticas, anecdóticas, etc. Si leyéramos siempre al fecundo Lope con esa profundidad cultural no pasaríamos de un puñado de comedias, de manera que hay que agradecer al autor que nos reconstruya todo ese retablo contextual para que apreciemos, al menos a través del Perseo, todo aquello que podían remover a un espectador (o lector) culto los versos de Lope. Alejandro García Reidy analiza los «Profesionales de la escena: Lope de Vega y los actores del teatro comercial barroco» (243-284), teniendo en cuenta ese trío de cuestiones que caracterizan la actividad teatral del periodo: dramaturgos, actores y espectadores. El autor deduce de su acopio documental que Lope dependía mucho más de los actores con los que conectaba de lo que se adivina en sus declaraciones. Florence d’Artois se ocupa, en otro capítulo (285-322) de encontrar un patrón de lectura genérico en las «Partes de comedias...» desenterrando la vieja polémica tabuladora de «tragedias» y «tragicomedias», lo que le lleva de bruceas a plantear una «fenomenología de la lectura». Imposible pasar revista detallada a todos los trabajos, llenos de sugerencias y rincones atractivos.

Quisiera terminar con lo que el libro termina, la edición y traducción del apéndice de Alfonso Sánchez a la *Expostulatio*, su parte más sustancial y menos circunstancial —la circunstancia del libelo, y en latín, cosas ambas que tanto han alejado a la obra del lector actual—. El profesor de Teología, Sánchez, defiende el quehacer de Lope como una apuesta aristotélica (el arte imita a la naturaleza) de los nuevos tiempos, los que se vivían a comienzos del siglo XVII en la Monarquía Hispánica: «...proporcionar un marco teórico dentro del cual pueda justificarse cualquier decisión estética, siempre y cuando esté amparada por el hecho de ser una imitación de la naturaleza en su época»,

resume Tubau (pág. 331). Como finalidad lejana, «la elaboración de una historia de la crítica y la teoría literarias más rigurosa y ponderada» (pág. 324). La cuidada edición final del «Appendix» proporciona una perspectiva de acceso muy peculiar a la polémica y, de ahí, a las comedias de Lope, desde el fervor, en este caso erudito y razonado, de sus contemporáneos, con quienes podíamos terminar exclamando nosotros también: «¡Que el coro de las Musas te adore, y que Apolo te designe para que las presidas!».

PABLO JAURALDE POU  
Universidad Autónoma de Madrid

GARCÉS GÓMEZ, MARÍA PILAR, ed., *Diccionario histórico: nuevas perspectivas lingüísticas*, Madrid / Frankfurt am Main, Iberoamericana / Vervuert, 297 págs.

Este libro representa un notable esfuerzo por reunir trabajos de especialistas en diversas ramas de la lingüística y la filología, todos ellos realizados con el propósito de dar ideas para el *Nuevo Diccionario Histórico de la Lengua Española (NDHLE)*<sup>1</sup>. Quizá porque del interés de este tema cabe esperar mucho, en este volumen se pueden echar de menos otras aproximaciones. En efecto, los trabajos recopilados son de gran valor científico, pero el libro no responde totalmente a las expectativas que su título despierta. Se trata, de todos modos, de una práctica editorial frecuente y que consiste en la publicación de trabajos presentados en un acto científico, recopilación a la que se suele dar un título necesariamente amplio que los incluya. Esta es la razón de que, en lugar de hacer una valoración técnica del libro en su conjunto, nos limitemos a una descripción de los artículos que contiene.

M. P. Garcés Gómez ha reunido once contribuciones sobre aspectos lingüísticos de interés actual, las partículas o los marcadores discursivos, las palabras gramaticales entre otros; además, algunas están orientadas desde enfoques modernos, como la lingüística cognitiva. Sus autores plantean interesantes problemas, cada uno en su nivel lingüístico, al tiempo que tratan de aportar algunas soluciones de tipo práctico, de cara al diccionario histórico. La editora justifica el volumen en un breve prólogo, donde alude a la selección de los niveles de análisis lingüísticos, que —según razona— no ha sido arbitraria y cuenta con los necesarios, que son los que muestran las relaciones entre las palabras (niveles morfológico, sintáctico, semántico, pragmático y etimológico). Estos trabajos se plantean, pues, como investigaciones básicas para la realización de una empresa de la envergadura del *NDHLE*. Por lo tanto, el interés principal del libro está en que ofrece trabajos de diversos aspectos lingüísticos, cercanos al diccionario.

J. A. Pascual Rodríguez y R. García Pérez: «Estado del *Nuevo diccionario histórico* de la Real Academia Española» (págs. 11-15). Los autores justifican y dan una breve pincelada sobre las contribuciones de Sintaxis, Morfología y Pragmática de este volumen, como si de un segundo prólogo se tratara. Además, agradecen a las instituciones el apoyo público y a la editora la organización de los actos científicos que son el origen de

<sup>1</sup> Para obtener una idea cabal de cómo se lleva a cabo el nuevo diccionario histórico, véase también J. A. Pascual y R. García Pérez, *Límites y horizontes en un diccionario histórico*, Salamanca, Diputación de Salamanca, 2007.

la publicación que reseñamos. Dan cuenta del plan de trabajo y de los pasos que se han dado en el proyecto del *NDHLE*: del etiquetado textual y morfosintáctico del corpus básico del diccionario, denominado *Corpus del diccionario histórico del español*, que contiene 52 millones de registros. Lo que se está haciendo es la historia de las palabras mejor documentadas, las que servirán de modelo de la estructura relacional con la que se concibe la obra, para ir añadiendo otros corpus particulares de manera modular. Al tiempo, se trabaja en la bibliografía, ya con 35.000 registros de referencias sobre el léxico. Más adelante, se incorporará la información de los dos diccionarios históricos que no completó la Real Academia Española, que contienen dos millones de cédulas y que han sido una fuente importante para la construcción del leuario, que se completará con datos lexicográficos, con lo que denominan el «mapa de diccionarios».

J. Pena: «La información morfológica en los diccionarios» (págs. 19-39). En este trabajo, con gran claridad expositiva, se destacan algunos aspectos del léxico donde confluyen la morfología derivativa y la lexicografía. El autor trata los objetivos de las dos disciplinas y hace una interesante crítica de la información morfológica que contienen varios diccionarios. Aunque sus consideraciones teóricas son poco específicas para el diccionario histórico, es un buen estado de la cuestión sobre los logros obtenidos en los estudios de morfología derivativa y, además, resulta interesante la equivalencia que establece entre palabra posible/ palabra imposible resultante de la aplicación de las reglas de formación de palabras, por un lado, y entre palabra real, documentada o registrada, por otro.

M. Campos Souto: «Morfología genética y etimología: los cruces léxicos» (págs. 41-63). Descripción de sesgo diacrónico acerca de los cruces léxicos a partir de materiales del diccionario etimológico de Corominas y Pascual, con especial atención a los prototípicos, que tienen una mayor importancia en las relaciones genéticas entre las palabras. Describe los tipos de cruces en función del número de voces implicadas, de si se fragmenta solo un elemento o se fragmentan los dos vocablos, o bien si dos vías confluyen hacia el cruce léxico. Se trata de un didáctico y riguroso trabajo que muestra la necesidad de estudiar las palabras en la red de relaciones en las que se encuentran, donde explica cómo las familias léxicas evolucionan de manera compleja, a veces en función de determinados cruces léxicos. Las familias léxicas, sin duda, son un claro ejemplo de las relaciones formales y semánticas de las palabras a través de la historia, por lo que la morfología léxica ocupa un lugar privilegiado en el *NDHLE*.

S. U. Sánchez Jiménez: «Sintaxis y semántica: el significado de los verbos» (págs. 67-93). Trabajo de síntesis sobre cuestiones básicas de lingüística cognitiva, en el que se expone un ejemplo del modelo de separación del significado del verbo *poner* en quince casos, con sus significados prototípicos o periféricos (sincrónicos, no en su evolución histórica). En la práctica resulta algo prolija una explicación argumental para cada unidad léxica posible y se echa de menos una explicación de cómo se podría adecuar este modelo a la estructura de un diccionario histórico.

B. González-Zapatero Redondo: «La relación entre formas verbales simples y analíticas en un diccionario histórico» (págs. 95-111). Muestra la conveniencia de estudiar para su tratamiento lexicográfico las formas verbales sintéticas y sus correspondientes formas analíticas de manera conjunta. En este artículo se analizan las palabras desde una concepción relacional. Se plantean las formas verbales analíticas no como simples colocaciones, sino como unidades léxicas complejas de naturaleza variable que se

comportan como verbos, pero sin llegar a alcanzar el grado de fijación de las locuciones. Para ello, se parte del estudio diacrónico del verbo *gritar* y de sus variantes *cridar* y *gridar*, y se argumenta por qué es conveniente ponerlos en conexión con sus respectivos predicados nominales. Concluye la autora señalando que en un diccionario histórico se deberían registrar las relaciones que unen las distintas acepciones de las formas simples con sus respectivos predicados nominales, así como con las formas analíticas construidas a partir de ellos.

R. M. Espinosa Elorza: «La semántica en los procesos de cambio categorial: las palabras gramaticales en un diccionario histórico» (págs. 115-147). En este artículo, la autora hace una descripción de la evolución de la Semántica, desde Bréal hasta la teoría cognitiva de prototipos, consiguiendo una excelente síntesis comprensiva de los nuevos rumbos de la disciplina, bien escrita y con abundante información bibliográfica. Trata conceptos relacionados con el cambio semántico, como el de la subjetivización o la intersubjetivización. Se centra en el adverbio, por su gran complejidad, y considera que descubrir los mecanismos que han dado lugar a los adverbios es uno de los retos que se plantea el *NDHLE*. Trata de demostrar que el cambio puede ser también regular en las clases léxicas menores o palabras gramaticales como el adverbio. Así, explica casos de cambio semántico mediante los procesos de gramaticalización y de elipsis, constatando con ello la importancia de los procesos de lenición y de refuerzo en los cambios de las palabras gramaticales.

J. I. Pérez Pascual: «Sinonimia y diccionario histórico» (págs. 149-175). Pretende con su artículo servir de modelo de actuación para el futuro *NDHLE*, al tiempo que muestra empíricamente cómo realizar un estudio diacrónico del léxico, apoyándose en el examen de las relaciones sinonímicas. El autor aborda, además, la cuestión de los conceptos de polisemia y sinonimia, y su tipología. Considera, por otro lado, más rentable dejar el plano de la palabra y centrarse en el de la acepción en la realización del diccionario histórico y, para ilustrarlo, examina una serie de sinónimos aparentemente sencilla, como es la relacionada con el concepto «peluquero».

J. Portolés Lázaro: «Las definiciones de las partículas discursivas en el diccionario» (págs. 179-202). Acota lo que es «partícula discursiva» para después tratar de mostrar cómo definir las palabras gramaticales en un diccionario. Con el ejemplo de la partícula *incluso* hace cuatro propuestas prácticas para la definición de las partículas, de modo que el diccionario sea útil y que se facilite la comprensión de las definiciones. Será cuestión de ver cómo se adecuan sus ideas, pensadas sobre todo para un diccionario monolingüe impreso de corte sincrónico, a la realización del diccionario histórico.

M. P. Garcés Gómez: «La representación de los marcadores discursivos en un diccionario histórico. Propuestas metodológicas» (págs. 203-234). En primer lugar, define lo que es un «marcador discursivo» y plantea que, para representar un marcador discursivo en un diccionario histórico, es necesario analizar el proceso evolutivo que han seguido los elementos que lo componen, a fin de poder explicar cuándo surgen los diferentes sentidos y cómo deben quedar reflejados en las distintas acepciones. Señala la autora una propuesta de descripción de la evolución de las formas *primero... segundo*, etc. en un diccionario histórico, ajustada a sus peculiaridades formales, funcionales y significativas y con ejemplos ilustrativos de los sentidos de los marcadores en cada una de sus etapas evolutivas. Muestra que es necesario saber cuál es su origen y cómo se

desarrollan hasta convertirse en una categoría funcional y pragmática, especializada en señalar las relaciones que se establecen entre los enunciados.

Ch. Schmitt: «El latín en los diccionarios históricos del español» (págs. 237-276). Concienzudo análisis de los diccionarios históricos desde la época de los neogramáticos. Según el autor, un diccionario histórico debería comprender la totalidad del léxico e informar sobre la evolución de cada palabra, cada familia de palabras y cada concepto. Para él, es fundamental distinguir entre léxico heredado y léxico culto. Hace un estudio ejemplar, con un tema de actualidad en el ámbito europeo como es el de los conceptos relacionados con el «envejecimiento». Su nueva metodología aboga por distinguir los neolatinismos de las formaciones neolatinas, así como de las formaciones cultas que se dan en el interior de la lengua vernácula o que llegan a ella por la vía de préstamos de otras lenguas<sup>2</sup>. Hace este autor, además, un primer esbozo de los diferentes caminos documentados para la productividad del elemento formativo *-ismo*. Es en los ejemplos de los déficits de los diccionarios históricos donde encontramos las ideas más interesantes, como las carencias en el origen y filiación de los derivados y los compuestos, y en el tratamiento de otras formas derivadas del mismo étimo; o la falta de distinción entre si son verdaderas formaciones españolas o neolatinas, o préstamos de otras lenguas románicas o no románicas. Pone el énfasis en que es muy importante aprovechar la cosecha filológica de la lexicografía europea y, por último, hace un interesante resumen de sus observaciones, precedidas de la consideración de que no es baladí que los lexicógrafos tengan muy en cuenta el fin y el destinatario al que va dirigido el diccionario.

R. García Pérez: «Etimología de *acepción* en un diccionario histórico: el ejemplo de la influencia de los modelos literarios europeos» (págs. 277-294). En la red de relaciones en las que debe consistir el diccionario histórico hay que tener presente la influencia ejercida por otras lenguas en la evolución del significado. En este sentido, lo que hace el autor es describir un posible modelo de difusión de cambio semántico en el ámbito metafórico. Estudia la evolución del verbo *huir*, de sus derivados y sinónimos y, con una modélica y elegante estructura, nos conduce por la historia de sus acepciones.

En este libro encontrarán los estudiantes, y también los especialistas, orientaciones seguras para comprender algunos de los fundamentos lingüísticos del nuevo diccionario histórico. Con la salvedad que hacíamos al principio de que el alcance de la obra es algo más reducido de lo que se puede pensar debido a su título, nos permite conocer el estado de la cuestión de algunos aspectos morfológicos, sintácticos, semánticos y pragmáticos, pero también modelos de análisis con ejemplos de problemas concretos, algunos de aplicabilidad directa en el diccionario. Como obra que pretende reunir investigaciones parciales, básicas para el proyecto general, cumple bien su papel de laboratorio de ideas. La edición es rigurosa y está hecha con esmero y, en su conjunto, los artículos plantean cuestiones de actualidad científica con bibliografía reciente.

ESTHER HERNÁNDEZ  
ILLA (CCHS-CSIC)

---

<sup>2</sup> Para lo que plantea Schmitt, tal vez fuera útil consultar los datos léxicos del *Atlas Linguistique Roman*, donde aparece el léxico de los dominios románicos con sus variantes, según el análisis de las motivaciones semánticas que están en el origen de su formación (vid. *Atlas Linguistique Roman*, vol. II.b., Roma, Istituto Poligrafico e Zecca dello Stato, Libreria dello Stato, 2009 [2010]).

GARCÍA PÉREZ, RAFAEL, *¿Qué hacíamos y qué hacemos? El verbo hacer en la historia del español*, con presentación de José A. Pascual, Cilengua, San Millán de La Cogolla, 2007, 348 págs.

Por primera vez en la historia de la lingüística española se hace un estudio histórico de un único verbo desde una perspectiva paradigmática y sintagmática a la vez; paradigmática, al tener en cuenta que *hacer* —como cualquier otra palabra de la lengua— va configurando sus valores y usos a lo largo del tiempo gracias a las relaciones que guarda con otros verbos, con los que confluye y que termina, por tanto, desplazando o siendo desplazado por ellos, y también sintagmática, puesto que este verbo va desarrollando a la vez —también en su diacronía— distintas capacidades combinatorias, exigiendo o siendo exigido por unos determinados elementos contextuales, circunstancias que ayudan, por otro lado, a configurar de alguna manera esos mismos valores y usos. Esta forma de proceder, aunque no es nada nuevo en el estudio de otros niveles del lenguaje, lo es sin duda en lexicografía, donde tradicionalmente las palabras se vienen considerando de un modo totalmente aislado e independiente tanto en su perspectiva sincrónica como, sobre todo, diacrónica: en realidad ni siquiera los llamados «diccionarios históricos de evolución semántica» hasta ahora elaborados estudian propiamente, contra lo que sería de esperar, dicha evolución, sino que se limitan a señalar —sin establecer la más mínima conexión entre ellas— las distintas acepciones que han ido surgiendo a lo largo de la historia sin entrar para nada en las posibles causas o motivos de esa evolución. La monografía que tenemos delante no es, obviamente, un artículo lexicográfico ni constituye, por supuesto, avance de ningún diccionario; pero contiene, a mi parecer, lo que se puede considerar una investigación previa —probablemente provisional— de lo que en su día se incluirá, bajo la entrada *hacer*, en el *Nuevo diccionario histórico (NDHE)* de la Real Academia Española, de cuyo equipo de redacción, dirigido por el académico J. A. Pascual, forma parte el joven autor de este libro, R. García Pérez. La minuciosidad de análisis a que el verbo *hacer* es sometido a lo largo de estas cerca de trescientas cincuenta páginas constituye, desde luego, un buen presagio para este nuevo diccionario —esta vez sí, porque dicen que «a la tercera va la vencida»— prospere, se haga grande y, sobre todo, llegue a su culminación definitiva en un tiempo relativamente breve.

El libro a que me refiero se halla dividido en cinco densos capítulos, con un utilísimo apéndice que reproduce —en apretada, pero clarificadora síntesis— todas las acepciones y usos del verbo *hacer* estudiados a lo largo de la obra. Los cinco capítulos corresponden a otros tantos cortes —por supuesto convencionales— en el desarrollo de la lengua española: representa el primero la época de transición, entre los siglos VIII y XII, del latín al español; corresponde al siglo XIII el segundo, que junto con el tercero, relativo a los siglos XIV y XV, cierran el periodo de la Edad Media, al final del cual quedan configurados prácticamente todos los valores y usos del verbo *hacer*, y se añaden, sin embargo, todavía las modificaciones —no muy numerosas— llevadas a cabo primero en los Siglos de Oro, esto es, a lo largo del XVI y XVII, y, finalmente, desde el siglo XVIII hasta nuestros días, que es lo que constituye la materia del quinto y último. En cada uno de estos capítulos, por lo demás, el estudio gira en torno a dos tipos de usos fundamentales de *hacer*: como verbo pleno, esto es, con significado propiamente léxico, y como verbo soporte o de apoyo, o sea, con un carácter más o menos gra-

matalizado. La descripción, por lo demás, va acompañada en todos sus puntos y pormenores por numerosos textos que autorizan y ejemplifican satisfactoriamente las cuestiones tratadas.

Los ejemplos en cuestión —y, en general, los textos que sirven de base al presente estudio— proceden todos del *Corpus diacrónico del español (CORDE)* de la Real Academia Española. Y ello pese, como bien se observa en el libro, a sus evidentes limitaciones y lagunas, sobre todo en el material concerniente a la Edad Media, donde predominan los textos de tipo jurídico, situación a la que no es ajeno el autor, quien, por ello, atribuye a este estudio un carácter meramente provisional. Es posible, en efecto, que a medida que vaya creciendo el número de textos del corpus puedan ser modificados algunos —no creo que tantos— puntos concretos, cosa que por cierto no menoscaba el indiscutible mérito de este excelente trabajo, que, pese a su carácter incompleto e inacabado, J. A. Pascual, jefe y maestro de Rafael García Pérez, no ha dudado, como bien dice en la presentación, de arrebatárselo al discípulo y entregarlo a la imprenta tal como estaba. Hemos de agradecer, por ello, la valentía de uno —sabía muy bien lo que se hacía— y, desde luego, la generosidad del otro.

El estudio de Rafael García —como él mismo reconoce— no es ni pretende ser exhaustivo, sino que «busca presentar las líneas más importantes de la evolución semántica del verbo [*hacer*] con intención de marcar las pautas para un mejor tratamiento del léxico». Esto quiere decir que, por ejemplo, no se tratan para nada los aspectos morfológico, gráfico ni fonológico de este verbo. Tampoco se estudia, desde luego, la gran riqueza fraseológica a que el verbo *hacer* ha dado lugar a lo largo de la historia, así como tampoco —pese al interés aquí concedido a la perspectiva sintagmática— todo lo relacionado con los problemas de tipo sintáctico, de construcción y régimen sobre todo. Así pues, el estudio se reduce, como queda dicho, exclusivamente al aspecto semántico, sin duda por constituir lo que en todo momento preocupa más a los redactores de un diccionario histórico, que es la perspectiva en que hay que entender este libro.

Y digo esto último porque, si difícil resulta descubrir, a partir de un corpus más o menos amplio de textos —pero siempre limitado y que nunca refleja al cien por cien todas las posibilidades ofrecidas por el sistema lingüístico—, la estructura de acepciones, subacepciones y otros matices semánticos correspondientes a una determinada palabra en un estado de lengua concreto, esta dificultad se multiplica y acrecienta todavía más en un diccionario histórico, en el que, obviamente, habrán de describirse todos los estados —simultáneos y sucesivos— por los que ha pasado un vocablo, tratando de señalar, además, cómo se han ido formando las distintas acepciones y cómo de las subacepciones o variantes de estas han surgido muchas veces nuevas acepciones que, quizás, han dejado de emplearse, sucumbiendo ante la presión de algún sinónimo, o se han modificado a su vez hasta llegar al momento actual. Desde luego en el libro de R. García Pérez se describe con profusión de detalles todo esto en relación con *hacer*, un verbo especialmente difícil por la extremada riqueza de sentidos, matices y usos de que es susceptible y, más que nada, por los distintos grados de abstracción semántica que puede ofrecer, al funcionar, efectivamente, unas veces como verbo pleno, esto es, dotado de un significado léxico, y también, por el contrario, como mero instrumento gramatical, sea con un uso muy cercano al fórico —proverbal, podríamos decir—, como es el caso de

*Tomás visitó la exposición ayer y yo lo haré esta mañana,*



sea como verbo de apoyo:

*El Rey hizo entrega de los premios a los alumnos,*

o, en fin, como una especie de auxiliar (operador causativo), por ejemplo, en

*Aquel contratiempo le hizo reflexionar,*

e incluso —podría pensarse— como atributivo:

*Felipe hace el tercero en la lista de aspirantes.*

Resultaría prolijo reseñar y comentar aquí todos y cada uno de los usos y valores concretos del verbo *hacer* estudiados a través de las páginas de esta obra de R. García Pérez. En relación con ellos, lo único que se me ocurre decir es que esta ofrece el indudable mérito de haber captado hasta el más leve matiz todos los sentidos que el verbo *hacer* ha ido presentando a lo largo del tiempo, desde el propio latín hasta nuestros días, y siempre tomando como base —claro está— el *CORDE* de la Academia. El análisis semántico que aquí se hace, también apoyado por las autoridades o textos pertinentes, es impecable y demuestra una gran sensibilidad y sentido lingüísticos —desde luego poco comunes— por parte del autor, quien, por lo que se ve, ha ido aplicando la clásica fórmula de buscar en cada texto los posibles sinónimos —y a veces antónimos— de *hacer*, que en ocasiones acaban arrinconando a este o, por el contrario, este termina prevaleciendo sobre ellos, con lo que la descripción no solo tiene en cuenta de alguna manera en todo momento el paradigma léxico de que *hacer* forma parte, sino que nos presenta la evolución semántica en todo su dinamismo, aspecto bastante descuidado en los diccionarios históricos, que más bien se limitan a describir estáticamente —y, por supuesto, sin referencia alguna al paradigma— todo el conjunto de acepciones, subacepciones y variantes, como si de un diccionario sincrónico se tratase, característica que, a mi juicio, los convierte más bien en diccionarios pancrónicos, esto es, mezclando lo antiguo con lo moderno, o lo vigente con los caduco o ya abandonado.

Pensando, desde luego, en el *NDHE*, repito que el trabajo de R. García Pérez será fundamental para esa visión dinámica o de continua tensión experimentada por cada palabra, a lo largo de su historia, por buscarse un lugar en el paradigma de que forma parte y, a la vez, establecer alianzas y afinidades con otros vocablos en el discurso. Sin desmerecer en absoluto los capítulos que forman el grueso de esta obra, lo que, a mi juicio, se acerca más a lo que en su día podría constituir el artículo *hacer* del *NDHE* es sin duda el esquema que aparece como apéndice al final del libro. Obviamente, se trata de eso, de un simple esquema, que, por lo tanto, en su formato tampoco se parece en nada a un artículo lexicográfico; pero sí sería muy aprovechable en su estructuración, al presentarse en primer lugar los usos plenos, que léxicográficamente podrían ofrecerse en un primer bloque o grupo de acepciones, y a continuación los usos como verbo de apoyo, que podrían constituir un segundo grupo. Pero lo verdaderamente importante, con vistas a un futuro diccionario histórico, es que en este esquema los distintos sentidos o acepciones aparecen dispuestos en orden cronológico, del más antiguo al más moderno, y, además, se puede ver la permanencia de cada uno de ellos a lo largo del tiempo, y, en esa permanencia, es posible observar también la confluencia y, a veces,

consiguiente sustitución de *hacer* por otros verbos que, en un determinado momento, entran en confrontación con él.

Así pues, como digo, el esquema a que me refiero presenta —pienso— una estructuración muy aprovechable para el futuro artículo *hacer* del *NDHE*, lo que no quiere decir, por supuesto, que deba mantenerse sin modificación alguna. Conviene observar, en efecto, que la separación semántica que se hace en este esquema no va —ni pretende— ir más allá de los puros sentidos y consiguientes usos detectados en los sucesivos textos del corpus. Si se me permite hacer una sugerencia en relación con lo que podría ser una futura redacción lexicográfica del artículo *hacer*, tomando, desde luego, como punto de partida este estudio de García Pérez, pienso que se haría necesario agrupar los usos aquí detectados en acepciones, que luego habría que disponer —lo mismo que las respectivas subacepciones— en orden cronológico, señalando a ser posible los vínculos genéticos o puntos de partida de las mismas, así como sus fechas de aparición y, en su caso, de desaparición. Ello nos permitiría, pues, observar la evolución semántica en los dos planos —el del sistema y el del uso— al mismo tiempo. Solo a modo de ejemplo, la acepción de *hacer* ‘traer a la existencia’ podría quedar poco más o menos redactada así, en relación con sus subacepciones y otras acepciones (señalo estas con números arábigos y aquellas con letras minúsculas, y se omiten, claro está, los textos o autoridades):

**hacer** [...]. **1.** tr. *Significado etimológico.* Traer [algo] a la existencia. **a)** *Id.* Traer a la existencia [algo] a partir de cierto(s) material(es). **b)** *Id.* Crear, traer [Dios] a la existencia [algo] a partir de nada. **c)** *Id.* Engendrar, traer a la existencia [una persona o animal] [a otro de su especie]. **d)** *Id. hasta el s. XVII.* Acuñar, fabricar o traer a la existencia [monedas]. **e)** *Siglos XIII-XVII.* Producir o traer a la existencia [una planta o una cosa] [algo] (Probable extensión de **c**). **f)** *Siglos XIV-XV.* Poner, crear o dar existencia [a un establecimiento comercial]. **g)** *Siglos XIV-XV.* Producir o traer a la existencia [una cosa] [dinero o beneficios económicos].

**2.** tr. *Significado etimológico.* Transformar [a una persona o cosa] [en algo]. **a)** *Id.* Designar [a alguien] [para un cargo]. **b)** [...].  
[....]

**8.** tr. *Siglo XVIII.* Conseguir o llegar a tener [algo]. **a)** *Id.* Conseguir [alguien] [dinero, fortuna] (Posible modificación de **g**, al pasar a suj. le persona beneficiada). **b)** prnl. *Id.* Conseguir [algo beneficioso]. Éste se expresa mediante un complemento precedido de *con*: «Hacerse con algo».

Debo advertir que, en el precedente ejemplo, el hecho de que dos o más acepciones —o subacepciones dentro de una acepción— aparezcan una a continuación de otra no siempre significa que la primera sea más antigua que la siguiente y mucho menos, desde luego, que las que aparecen antes sean causa u origen de las que lo hacen después. Como ocurre en **1** y **2** —y en **a**, **b**, **c** y **d** de **1**—, las acepciones o subacepciones pudieron aparecer simultáneamente. Por eso puede ser interesante señalar al principio —y no exclusivamente en los textos o autoridades—, antes de la definición, su extensión temporal, sobrentendiéndose que, si no se da el término *ad quem*, es porque se trata de un significado o sentido todavía vivo en la actualidad. Por otro lado, siempre, naturalmente, que una acepción o subacepción tenga conexión genética con otra, será conveniente señalarlo, como se hace, por ejemplo, en **e** de **1**, y en **a** de **8**. No hay que

olvidar a este respecto que una subacepción no solo puede ser el origen de otra u otras subacepciones, sino también de una acepción independiente; esto último es lo que ocurre con **g** de **1**, que es el posible origen de **a** de **8**, debido a un cambio sintáctico:

*Algo hace dinero a alguien → ! Alguien hace dinero con algo.*

En el primer caso *hacer* equivale a *producir* (acep. **1**), mientras que en el segundo equivale a *conseguir* o *alcanzar* (acep. **8**), lo que quiere decir que ambos sentidos pertenecen a paradigmas o campos léxicos diferentes.

Nada, desde luego, más lejos de mis propósitos que el pretender con todo esto dar lecciones a nadie sobre el modo de llevar a cabo la redacción del futuro *NDHE*. Mi intención es simplemente presentar un muy breve y sencillo ejemplo de cómo pueden ser aprovechados los magníficos materiales contenidos en este extraordinario libro de R. García Pérez, un trabajo que, pese a no tener —como reconoce el propio autor— un carácter exhaustivo, constituye, según queda dicho, un fino y minucioso análisis del verbo *hacer* —uno de los más difíciles, pero también más importantes, lexicográficamente hablando— a lo largo de todo su desarrollo histórico. El libro de R. García Pérez es, en fin, un magnífico punto de partida para la confección definitiva del *NDHE*.

JOSÉ ÁLVARO PORTO DAPENA  
Universidad de A Coruña

SALVADOR MIGUEL, NICASIO, *Isabel la Católica. Educación, mecenazgo y entorno literario*. Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, Colección Historia y Literatura, n.º 1, 2008, 269 págs.

Apenas cuatro años transcurridos desde que la comunidad académica vivió los fastos de la (pen)última efeméride sobre Isabel la Católica, podemos decir que la consiguiente sucesión de trabajos centrados en la biografía de las más universal y polémica de nuestras reinas medievales ha dejado en el ambiente historiográfico la tan taurina división de opiniones sobre los resultados de la faena. No obstante, ya desde el conciso prólogo de esta obra (7-10), el lector adquiere plena constancia de que este estudio se aleja de tales parámetros, puesto que la amplia mayoría de acontecimientos tratados tuvieron lugar en el marco cronológico que separa los últimos años del reinado del padre de la Reina Católica, Juan II (1406-1454), y el de su hermano, Enrique IV (1454-1474). Así pues, la primera gran aportación de esta monografía es la de dedicar las más de setenta páginas del capítulo primero (*El nacimiento de Isabel, infanta de Castilla. Los años primeros, 1451-1454*) a un asunto que la inmensa mayoría de biografías isabelinas publicadas hasta ahora despachan en un ínfimo espacio. Al pasar revista a los acontecimientos más destacados de la época, Salvador Miguel, buen conocedor tanto de las fuentes del período como de la bibliografía secundaria, demuestra su honradez investigadora precisando hasta lo posible fechas, lugares y cuantos datos objetivos puedan ser susceptibles de aclaración entre fuentes contradictorias, tal como sucede, entre otros muchos casos, con la muerte de Álvaro de Luna (13, 35-37), con los posibles integrantes y las funciones del «círculo portugués» de la reina madre (25-30), de poderoso influjo en el futuro de la península ibérica, y, sobre todo, con la fecha y el lugar

de nacimiento de la propia Isabel, acontecimiento poco solemnizado y del que apenas tenemos noticias porque, como bien asevera el autor, «a nadie debió pasársele entonces por el magín la posibilidad de que aquella niña estuviera llamada a ocupar con el tiempo las más altas responsabilidades.» (23)

La otra parte destacada de este primer capítulo introductorio yace en la configuración precisa de las vidas de los «dos hombres para el destino de una mujer» (38), es decir, de Fernando de Aragón y de Cristóbal Colón. Buen conocedor de los miles de problemas (tanto reales como oníricos) de la biografía del almirante, el autor da rienda suelta a su sabiduría para separar el grano de la paja y certificar la ascendencia genovesa del descubridor de América; por lo que respecta al Rey Católico (54-61), es de nuevo el ponderado afán esclarecedor de Salvador Miguel el que le lleva a precisar algunos comunes errores de datación presentes en crónicas tan usadas y citadas como los *Anales* de Jerónimo Zurita, haciendo uso de la comparación entre documentos de la época y otros estudios cronísticos.

El primer capítulo se cierra con un pormenorizado estudio de un evento que, pese a que «por la tierna edad de la infanta y por el carácter reservado con que hubo de llevarse» (61), es cierto que Isabel tuvo por fuerza que desconocer, habría de tener un valor descomunal en su futura llegada al trono: el divorcio del entonces Príncipe Enrique y Blanca de Navarra. De especial importancia son las dudas mostradas por Salvador Miguel sobre la famosa (y supuesta) invalidez del testimonio de las prostitutas en el caso de la virilidad del futuro Enrique IV, mantenida desde antaño a pesar de que tal afirmación se efectúa «sin apoyatura bibliográfica» (72). La nebulosa que todavía hoy envuelve uno de los episodios claves en la historia de España medieval es exquisitamente analizada en esta parte desde la perspectiva de Isabel, dando el autor explicaciones ilustrativas acerca de por qué en el futuro la reina daría «por inválida la nulidad del primer matrimonio de su hermano y, en consecuencia, no admitía la canonicidad del segundo» (81), estrategia que, huelga decirlo, significaría a la postre el triunfo de su posición como heredera tras el pacto de los Toros de Guisando.

El capítulo segundo (89-122) está dedicado al repaso de «los años de Arévalo», entre 1454 y 1461, cuando «debe colocarse buena parte de la formación infantil de Isabel, sin que quepa mezclarla ni confundirla, como sucede en tantos estudios, con las etapas posteriores» (95). Las disposiciones testamentarias de Juan II abren esta parte, para conocer mejor la tríada de importancia en la primera educación de Isabel ordenada por su finado padre, que la dejó al cuidado de Lope de Barrientos, Gonzalo de Illescas y Juan de Padilla. Además de deshacer algún que otro error común en las biografías de estos personajes, como por ejemplo, el que Barrientos no fue nunca catedrático de la universidad (90), Salvador Miguel precisa y allana el camino hacia la enseñanza de Isabel en la corte materna establecida preferentemente en Arévalo, donde vivieron tanto ella como su hermano, el príncipe Alfonso. En principio, Salvador Miguel sugiere que «la educación de los dos hermanos no fue conjunta», pues «el propio Juan II había presupuesto que la instrucción de sus hijos habría de ser independiente», lo que le permite a su vez «desechar afirmaciones que se han ido enquistando de crítico en crítico» (96). De nuevo haciendo acopio de todo tipo de fuentes y estudios sobre la educación medieval, el autor revela una hipótesis muy plausible: que la joven Isabel hablaba y escribía portugués, idioma no sólo de su madre, sino también del círculo de servidores cortesanos de Arévalo en el que recibió su primera educación (102-111). De nuevo por el

afán de precisión, Salvador Miguel desgrana hasta el máximo posible el papel desempeñado en la educación de la pequeña infante por los miembros de este círculo de Arévalo, desde el fantasmagórico mendicante fray Lorenzo hasta los más conocidos Gonzalo Chacón y fray Martín de Córdoba, pasando por el posible papel que algunas mujeres, como Teresa Enríquez y Beatriz de Bobadilla, pudieron tener en el proceso. La siempre sana desconfianza crítica del autor ante las fuentes, persiguiendo con saña las *idées reçues*, se convierte algunas veces en exceso de celo, como sucede en la discusión sobre si los años de «crianza e guarda de la dicha serenísima princesa doña Isabel» (111), que le valieron a Gonzalo Chacón una jugosa recompensa de parte de Fernando el Católico, se corresponden o no a estos años de Arévalo o a una etapa posterior. Sea como fuere, el capítulo finaliza con el establecimiento de dos fases educativas claras: una hasta los siete años y otra posterior, siendo esta primera fase abulense la dedicada a que Isabel aprendiera a leer, a escribir y a cantar, tal como correspondía a los miembros del estamento regio (122).

El tercer capítulo (123-150) está dedicado al más decisivo acontecimiento de la infancia de la futura Reina Católica: el matrimonio de su medio hermano, Enrique IV, con Juana de Portugal. Como es de sobra conocido, se trata de un episodio complejo y lleno de medias verdades, en el cual muchos estudios actuales todavía siguen bebiendo de lo que, más que fuentes, son intoxicaciones interesadas de una propaganda política isabelina que, si bien entendible en su momento, goza sin embargo de un tan inusitado como incomprensible vigor cinco siglos más tarde de su primigenia acción. A modo de cirujano equipado con bisturí historiográfico, Salvador Miguel primero higieniza y más tarde disecciona minutas diplomáticas, dispensas pontificias, capitulaciones matrimoniales, pagos y compensaciones económicas, celebraciones festivas y cuantos escollos halla por su camino, siempre con recreación en los detalles de un enlace matrimonial puesto siempre, en ocasiones interesadamente, bajo sospecha. El resultado habla por sí solo; baste decir que nos encontramos ante el más objetivo estudio de este suceso del reinado de Enrique IV, resuelto con una máxima inapelable: «Si nadie presentó en su momento ninguna alegación contra el divorcio [*i.e.*, de Enrique IV y Blanca de Navarra], tampoco nadie se opuso entonces a la boda [*i.e.*, de Enrique IV y Juana de Portugal] ni adujo inconveniente alguno» (148).

Una vez demostrada la manipulación de casi todas las fuentes posteriores al suceso, el lector hallará el que tal vez sea el más sabroso capítulo del libro, dedicado a glosar la vida de Isabel en la corte de regia, entre los años 1461 y 1467 (151-184). En principio, un gesto contrario al testamento paterno, como fue el traslado de Isabel y de Alfonso a la corte enriqueña, iba a tener una influencia decisiva en la segunda fase de la educación de la futura Reina Católica. Por encima de otras consideraciones que cada uno hallará a través de su lectura individual, Salvador Miguel desgrana en este capítulo de forma magistral la incongruencia historiográfica de hacer a Isabel una reina culta, con preocupaciones culturales, habilidades idiomáticas y gustos por la lectura y por el arte, al tiempo que la historiografía niega, o incluso llega a ningunear, la existencia de ese entorno donde precisamente fue educada y adquirió tales gustos: la corte enriqueña. Por mucho que las fuentes posteriores, incluso los escritos de la propia reina, nos quieran hacer ver lo contrario, no debió de sentirse nada mal la princesa en un ámbito cortesano que, de nuevo (esta vez de la mano de la reina Juana), volvía a estar copado por portugueses como aquel otro entorno infantil de Arévalo (166-169). Nos encontramos

en este capítulo con una Isabel ya visible en actos reales, como el bautizo de su sobrina, Juana, en el que actuó de madrina (159), sin olvidarse de su presencia en algunos incipientes pactos matrimoniales, dada su cualidad de «peón relevante en el tablero político» (162). En definitiva, ya vemos aquí a la princesa pre-adolescente que recibió una intachable formación educativa que más tarde plasmaría en su afición por el estudio de las letras y por la colección de libros, y que además pudo vivir todo ese diletantismo cortesano de coquetería, invenciones y fiestas que caracterizó a un espacio lúdico y literario, como fue la corte regia de Enrique IV justo antes de los años en que los problemas políticos comenzaron a aflorar, corte en la que «pululaban intelectuales y personajes comprometidos con la creación literaria y en la que abundaban los bailes, las manifestaciones musicales, las celebraciones festivas y dramáticas, así como las fiestas caballerescas de todo tipo» (221).

El colofón al estudio se pone con los dos capítulos finales, el dedicado a revisar la actividad literaria en la corte isabelina y al fulgor que tal actividad reflejó en fuentes literarias de la época (185-216), y el dedicado a glosar la actividad de mecenazgo llevada a cabo por Isabel en sus tres ámbitos: regio, nobiliario y eclesiástico (217-236). Como a lo largo de todo su trabajo, Salvador Miguel acota con pulcritud márgenes de actividad, advierte del «carácter hiperbólico» (199) de algunos escritos sobre la reina, precisa hitos históricos, sugiere atractivas hipótesis de trabajo, ordena temáticamente la producción literaria dedicada a Isabel (204-215), avanza los resultados de varias tesis doctorales que se encuentra dirigiendo sobre el tema y, en definitiva, se maneja con originalidad dentro de unos campos que, a priori, podríamos considerar como ya de poco aprovechamiento en el estudio de la figura de la Reina Católica. Sin embargo, acordando que «Isabel había adquirido una profunda inclinación hacia todo tipo de saberes y una honda predilección por el estudio que contagió a quienes se movían a su alrededor» (189), lo que el autor nos demuestra es que queda mucho por hacer para el conocimiento global de la cultura del reinado isabelino, a pesar de los, nunca mejor dicho, ríos de tinta que se han escrito sobre el tema. Y, además, no se trata de ningún tipo de revisionismo, sino de algo todavía pendiente de hacer desde el principio, dada la esclerotizada repetición de algunos tópicos isabelinos en el estudio de su vida y obra.

Una característica esencial nos gustaría destacar del trabajo de Salvador Miguel, y no es otro sino que, además del conocimiento de las fuentes consideradas típicamente historiográficas, el autor se aprovecha inmejorablemente de su condición de filólogo para utilizar de forma complementaria docenas de datos extraídos de obras de la literatura medieval española. Sólo por poner unos cuantos ejemplos de los muchos en que, gracias a la aplicación de su bagaje filológico, Salvador Miguel logra solventar con éxito la parquedad de noticias cronísticas y documentales sobre celebraciones cortesanas, deberíamos destacar el uso del poema *La buena nueva venida*, de Fernando de la Torre, compuesto con ocasión de la boda de los padres de Isabel I (17-18), las alabanzas poéticas de Montoro y de Villasandino a la cuna regia de Madrigal de las Altas Torres (19-20), las referencias de Juan de Mena a la vida y la muerte de Juan II (83-87), las del Marqués de Santillana a la boda de Enrique IV (149-150), o los momos cortesanos ordenados por Isabel en 1467 al poeta y dramaturgo Gómez Manrique con ocasión del cumpleaños de su hermano Alfonso (163-164). Todos ellos son importantes precisiones que la literatura efectúa a la historiografía, triste y lamentablemente

olvidados con frecuencia por quienes analizan esta época, pero que Salvador Miguel recoge no ya para engalanar su estudio, sino para hacerlo casi único en su especie.

Este tipo de recursos historiográficos procedentes de otros ámbitos no considerados así estrictamente, además de dinamizar la ya de por sí aquilatada y rica narración prosística del autor, nos permiten no sólo contemplar la Historia desde fuentes puramente literarias, sino también alejarnos un tanto de cifras y datos, de elementos tangibles y cuantificables, asimismo presentes en éste y en cualquier otro estudio científico que se precie. La inserción de estos reflejos literarios del curso de los tiempos acerca al lector a la cotidiana realidad de la época, a cómo se vivieron todos estos acontecimientos por el común. El acierto de Salvador Miguel en todas estas aportaciones literarias conjuntas, que enriquecen el panorama descrito, es uno de los logros más certeros y cabales de su monografía isabelina, abriendo además sugerentes caminos para futuras investigaciones en este ámbito.

Poco más se puede decir de este magnífico estudio, salvo recomendar abiertamente su lectura con una advertencia importante. Los lectores que esperen una biografía más de la Reina Católica tal vez se sentirán defraudados, puesto que los parámetros de la historia política y económica del reinado no son tratados aquí de monocorde y protagonista forma habitual, sino sólo como el marco donde encuadrar al sujeto histórico analizado: la propia reina. De igual forma, tampoco se toca el inquietante, en términos científicos, elenco de hechos referidos a la santidad de la reina o a otros presuntos detalles morbosos de su personalidad que parecen estar tan de moda últimamente con respecto a su figura. La validez del estudio de Salvador Miguel se establece en ámbitos más serios y rigurosos, pues ayuda a completar y a expandir nuestro conocimiento de los años tal vez menos atractivos de la biografía isabelina, los que cuentan con menos trabajos publicados<sup>3</sup>, pero que son necesarios para entender mejor ese siglo XV que, parafraseando a Ortega y Gasset, ha de ser debidamente comprendido si se quiere comprender todo lo que ha pasado posteriormente en España.

ÓSCAR PEREA RODRÍGUEZ

University of Texas of the Permian Basin

---

<sup>3</sup> Me refiero a los estudios de María Isabel del Val Valdivieso sobre la joven princesa Isabel de Castilla y al de Dolores Carmen Morales Muñoz sobre Alfonso el Inocente, bien conocidos por Salvador Miguel aunque en ocasiones los corrija, enmiende o complete, buscando siempre la objetividad historiográfica del conocimiento de la época.